



HEINRICH HEINE, *El libro de las canciones*, trad. de J. L. Reina Palazón, Ediciones Linteo, Ourense, 2009, 716 pp. ISBN: 9788496067370.

El romanticismo tardío de Heinrich Heine (1797-1856) es demasiado natural y no ofrece nada de raro o extraño. De hecho, una pauta de lectura de *El libro de las canciones*, obra de juventud, es la nostalgia por el pasado en un aspecto doble: como un regreso al hogar que se refiere a un comienzo ya conocido y, por otra parte, literalmente como una anticipación del exilio que el propio Heine viviría en París. *El libro de las canciones* se lee, de hecho, como el registro de la acusación doble de Heine contra el “sueño de la imaginación” de la política imperial alemana y, por otra parte, contra el uso romántico de la mitología clásica que finalmente no estuvo en condiciones de transformar la realidad. De ahí proviene que el elogio de Schlegel por parte de Heine sea representativo de un anhelo por dejar atrás a Alemania —toda su tradición hasta el presente incluido—, en consideración con la historia actual. Más de medio siglo antes de la confirmación de Nietzsche, la pregunta que en realidad se hacía Heine era si a Dios lo había matado Hegel. De la famosa frase de Nietzsche se infería que, antes de que Dios haya muerto, ya estaba muerto, lo que indica la paradoja de que la muerte de Dios ha dejado el mundo en tal estado de confusión que, antes de que Dios muriera, todo se encontraba supuestamente en orden.

La confusión entre el sueño y la vigilia, la resistencia ante la ausencia del amor —entendido aquí como la pulsión de muerte que anticipa en cierto modo el psicoanálisis—, la experiencia incomunicable del dolor y la convivencia entre lo familiar y lo extraño en la mujer como la clave del “romanticismo objetivo” que el propio Heine presume, son todos síntomas, entre otros, de la nostalgia por un pasado que se mira a sí mismo como presente y, al mismo tiempo, envuelve el presente en una eterna ilusión. Sin embargo, la experiencia estética de Heine no es accidental, sino que introduce, en su más tierna aspiración a la totalidad, el elemento de la esperanza como el resultado de cierta pragmaticidad poética. Dicho de otra manera, el sueño romántico se hará realidad, bajo la confirmación indisputable del porvenir, a fin de salvar el abismo que divide la conciencia. De ahí proviene que Heine trata, en todo momento, de ver el futuro como un sentido de la intuición o como una posible anticipación de la muerte, haciendo alarde de una especie de romanticismo estoico que se pliega sobre su memoria reciente al ir en busca de cierta trascendencia inmanente en la realidad presente.

El poeta, a diferencia de Ulises —en otro lugar Heine se compara con Atlas porque, dice, “soporto lo insoportable”—, sucumbe al canto de la sirena y perece en el mar, significativamente lejos de la tierra. No por casualidad, el uso del pseudónimo se vuelve, en consecuencia, el recurso a una potencia elevada de la creación estética o literaria que, por paradójico que pueda parecer, simboliza una caída en la medida en que, para sobrevivir a la omnipotencia del deseo humano, interrumpe o incluso pone fin a la escritura de la poesía. Por el contrario, una lectura negativa del deseo tiene,

efectivamente, que ver con el hecho de que es una prueba de la impotencia del ser humano. Si existe un verdadero asidero para la poesía, será su anhelo de permanecer como ser, tal vez, para no ser poseída más de lo que posee el mundo cuando lo crea, elevando así el deseo a la categoría de lo eterno.

La pregunta que está implícita desde el principio es si la compulsión a la repetición del deseo es compatible con el libre acto de crear sin caer en la configuración de una antropología pesimista en el sustrato original de la poesía. No obstante, ninguna obra de juventud debería ser el fruto del resentimiento. Naturalmente, lo que me gustaría llamar la recuperación del alma viene dada por el amor. Para Heine no se trata de un “amor nominal” que consiste, en el sentido burgués, en el desprecio hacia el ser humano, sino del “amor universal” que tiene en cuenta la muerte precisamente como una presencia eterna. Así que la relación del dolor con el cuerpo resulta inefable debido a que el lenguaje emerge del alma (la psicología) o, para decirlo de otro modo, de la exaltación romántica, si bien la permanencia del dolor durante toda la vida, algo que lo hace “maravillosamente extraño”, es electivamente afín a la supervivencia del espíritu, en un sentido extraordinario. Solo cuando la poesía considerada como un canalizador del dolor está revestida del arte, que para Heine es lo contrario de la política, produce un efecto agradable en el sentido de catártico. La buena poesía, la poesía de Heine, nos purifica. Con esta perspectiva, tal vez Heine parezca un antirromántico al juzgar que la exclusividad de la victoria sobre el sufrimiento carece del realismo que requiere la literatura. En cualquier caso, no es fácil reconocer en *El libro de las canciones* el espíritu de la afinidad electiva y toda afinidad electiva se define por que se elige a sí misma en el otro como su propio reflejo dentro de un tiempo más bien cósmico. Pero la ironía más grande de todas es que la vida deba sobrevivirnos...

Antonio Fernández Díez

<https://orcid.org/0000-0002-4505-0154>

<https://uclm.academia.edu/AntonioFernándezDíez>